

CENTINELAS DE LA LUZ

Trilogía de ciencia ficción de Francisco Blanco Antuña

LIBRO 3 YOSHI & REDJI

Para Samurai Tawata San

Ce livre a été publié sur www.bookelis.com

ISBN : 979-10-227-2224-7

©Francisco Blanco, 2006

Tous droits de reproduction, d'adaptation et de traduction, intégrale ou partielle réservés pour tous pays.

L'auteur est seul propriétaire des droits et responsable du contenu de ce livre.

PRÓLOGO

La saga de Aljar y de Delfia es uno de los principales pilares de la Liga Intergaláctica.

No se puede hablar de leyenda porque poseemos numerosos escritos, tanto en formato papel como en formato electro-neurónico en los archivos de la Liga, que atestiguan de la veracidad de esos tiempos remotos.

Los diferentes co-fundadores de la Liga siguen siendo los principales temas de discusión en los bares de los astropuertos. Las leyendas que circulan a su propósito son tan poco realistas que los Decanos de la Liga Intergaláctica resolvieron hacer editar los tres libros conocidos con el nombre genérico de: “*Centinelas de la Luz*”, y distribuirlos gratuitamente en las escuelas con la finalidad de poner fin a esas desenfrenadas cacerías del tesoro a través de las galaxias. A pesar de lo fantástico de ciertos pasajes, la obra conocida como: *Centinelas de la Luz* es publicada tal como fue transcrita en los archivos. Esas crónicas son tan ricas en acontecimientos y peripecias, que hubo que separar la historia en tres volúmenes.

La primera obra es un extracto de “*Las Memorias del Chabalyn Lucas*”, conocido como uno de los fundadores de la Orden de los Chabalyns. Ese primer escrito cuenta la historia de Aljar y de Lucas.

El segundo tomo habla de Delfia y de Sys K'hoo.

El tercer libro relata los sucesos de los dos Guantes y el fin de la Confederación Dalkrinaï bajo la dominación de los T'chiniss. Esos eventos coinciden con los balbuceos de la Liga Intergaláctica que, como cada cual lo sabe, se desarrolló considerablemente desde entonces, hasta alcanzar la prosperidad actual.

El texto inicial fue escrito por un terrícola y decidimos guardar la misma terminología para ciertos nombres genéricos tales como: “centímetro”; “hombre”; “comandante”; “Vía Láctea”, “aterrizaje”, “hora”; etc. También, los “días” mencionados se remiten al día dicho “estándar”, que quedó el mismo desde los tiempos de la Confederación hasta nuestros días. Los términos “humano” y derivados, se acuerdan desde mucho tiempo para designar el conjunto de las etnias comprendidas en la Confederación Dalkrinaï primero y luego, por extensión, al conjunto de los pueblos de la Liga Intergaláctica.

Burr L'gertt

Archivero Legista de la Liga

1 – UN ACCIDENTE

Un cartel de madera dominaba el dojo.

Justo en medio de la sala desnuda, retenido por dos finas cuerdas, a poco más de dos metros de altura, reinaba. En él se exponía un dogma, pintado con caracteres negros sobre fondo blanco, caligrafiados al pincel, en ambas caras del letrero:

NUEVE REGLAS DE VIDA

Por el honor: serás fiel a tu palabra

Por el respeto: originarás la confianza

Por la modestia: crecerás adentro de ti

Por la sinceridad: te expresarás sin disfrazar tu pensamiento

Por la cortesía: en tus palabras y en tus actos, respetarás a los demás

Por el control de sí: silenciarás tu cólera y desarrollarás tu Ki

Por el coraje: harás sólo lo que es justo sin buscar a favorecerte

Por la amistad: serás puro en tus sentimientos

Por la rectitud: caminarás bañado por la Luz

Bajo la inscripción había un hombre. Quedó largo tiempo sin esbozar un gesto, estaba en la posición *seiza*; de rodillas, sentado sobre sus

talones. Con el busto recto y los ojos cerrados parecía no respirar.

Un observador atento habría observado que sus narices se dilataban ligeramente, con ritmo lento y casi imperceptible.

Un niño penetró en el dojo y vio al hombre. Se acercó lentamente, sin ruido. Cuando llegó a dos metros de él, el hombre dijo:

— Buenos días *seito* Gilles, el curso comenzará dentro de diez minutos.

El joven estuvo desconcertado. ¡Estaba seguro de no haber hecho ningún ruido! Había caminado sin producir un sonido, ¡estaba seguro!

— Sensei, co... ¿cómo supo que estaba aquí? No hice ruido y ¿cómo sabe que soy yo? ¡Sus ojos están cerrados!

El hombre abrió sus ojos de asiático sobre una llamita de diversión que lucía en el fondo de sus pupilas. Enunció con una voz bien timbrada en la cual asomaba un rastro de acento:

— *Seito* Gilles, no sólo la vista o el olfato o el oído informan al que está atento.

El hombre se enderezó sin tomar apoyo sobre sus manos, en un movimiento fluido del cuerpo. Pasando de la postura *seiza* a la posición vertical en un solo impulso.

Desgreñó los cabellos rebeldes del niño diciéndole:

— Vete a vestirte. Los otros ya están listos.

Apenas acababa su frase que un grupo de ocho adolescentes pasaba la puerta del dojo. Lucían el aikidogi, el traje de Aikido.

Gilles los miraba asombrado, olvidando las palabras de Maestro Tanaka. Éste debió llamarlo al orden:

— ¿Seito Gilles?

— Sí, ¡sí! ¡Allá voy! Allá voy.

Salió disparado en dirección del vestuario.

* * *

Después de haber arreglado el Dojo, Tanaka volvió a su casa.

La casa donde vivía no estaba muy alejada del dojo. Unos minutos andando, apenas. Vivía sólo, jamás se había resuelto a casarse. Después de haber comido, se preparaba para salir, estaba con la mano en el picaporte, cuando la campanilla de la entrada hizo zumbar el carillón. Abrió. Dos policías en uniforme estaban delante de la puerta. Si estuvo sorprendido, no mostró nada.

— ¿Señor Tanaka? Preguntó uno de los policías.

— Sí, ¿en qué puedo ayudarles?

— ¿Conoce al señor Robert Delforge?

Tanaka había dejado su Japón natal para asistir al matrimonio de su hermana con un

francés hacía un poco más de diecisiete años, y se había quedado en Francia.

— Es el marido de mi hermana, ¿qué pasó?

* * *

Aïko Tanaka se había quedado seis meses en París en el marco de un intercambio de estudiantes universitarios.

Había conocido a Robert que enseñaba la filosofía en la universidad donde tomaba sus clases. Cuando regresó a Japón, habían quedado en contacto.

El año siguiente, con la licencia de letras francesas en la mano, Aïko se iba de nuevo para Francia. Tenía, vía Internet, tres citas con empresarios que buscaban a alguien que conociera profundamente el francés y el japonés. Un año más tarde, Robert y Aïko se casaban.

Yoshi, su hija, nació el año siguiente.

* * *

Un camión había derrapado sobre una placa de hielo.

Se había salido de su carril para embestir frontalmente el coche de Robert Delforge. Aïko, Robert y el chofer del camión habían muerto en el choque. Yoshi estaba en el hospital.

La familia de Robert se resumía en una prima alejada que vivía en Auvernia. Tanaka la había visto una sola vez, el día del matrimonio. La policía le dijo que ella estaba en los Estados Unidos por razones profesionales. No podría volver antes de quince días.

El médico que había asistido a Yoshi Delforge le había dicho a Tanaka:

— Su sobrina está bien. Está bajo el choque, es por eso que vamos a guardarla algunos días en observación, pero está bien. Le administramos un sedante para que descanse. Va a dormir durante unas diez horas. Vamos a esperar todavía unas dos horas, luego podrá salir de los cuidados intensivos.

Tanaka había meneado la cabeza.

— ¿Puede colocarla en una habitación particular?

— Sin ningún problema señor Tanaka.

* * *

Yoshi reposaba en la cama, inconsciente.

Una perfusión perforaba su brazo, un tubo salía de su nariz tumefacta y se perdía en los pliegues de las sábanas. Equimosis dibujaban un trazado confuso en su cara. Malva, azul, amarillento y morado se agregaban, hinchando la fina carita con relieves abombados. Un

monitoreo acompañaba el silencio con sus “*bip*” intermitentes.

A pesar de los sedantes, la joven tenía el sueño agitado.

Tanaka miraba por la ventana. Fuera, la lluvia caía pesadamente. El viento en ráfagas hacía bailar las gotas en una jota endiablada. Un relámpago recortó el cielo oscuro. El trueno prorrumpió casi simultáneamente en un largo y colosal desgarrón de tela mezclado con un gruñido amplificado por el galope de centenas de caballos. ¡El relámpago se había anclado en el pararrayos del hospital! El monitoreo crepitó.

Yoshi se movió en su sueño soltando una queja gesticulante. Tanaka se acercó a su sobrina que resistía gimiendo y le tomó la mano entre las suyas. Cerró los ojos y moduló su soplo.

La respiración de Yoshi se apaciguó, sus cejas se aflojaron. Insensiblemente, las contusiones de su cara deshincharon. Los moretones palidecieron hasta que la piel de la adolescente reencontrara su tez natural.

¡La cara de Yoshi irradiaba con brillo! La finura de sus rasgos euroasiáticos estaba acentuada por una paz mental que no debía nada a los soporíficos.

El hombre suspiró y abrió los ojos. Miró a su sobrina y sonrió ligeramente. Murmuró:

— Bendita sea la Naï-Tra.

La familia de Tanaka era de lejano origen coreano. Su bisabuelo había emigrado en Japón a los veinte años. Se había casado con una japonesa, hija de un talabartero, que le había dado cuatro hijas. Su padre le había puesto el nombre de este abuelo coreano.

En Japón, sus alumnos lo llamaban: Sensei Tanaka.

Cuando había abierto su dojo en Francia, uno de sus primeros discípulos, el más dotado que jamás había tenido, lo había llamado por su nombre, olvidándose del apellido de Tanaka.

Lo llamaba: "*Maestro Chon*".

2 – LA HORA DE LOS BALANCES

La noche acababa de cubrir a Jongu con su largo manto de seda negra.

El Palacio de los Nueve, iluminado como de día, se levantaba orgullosamente en medio de la plaza. Ésta estaba rodeada de columnatas vertiginosas que sostenían un tejado que dominaba el palacio.

Esos pilares eran de roca de lava.

La lava había sido extraída de un volcán en actividad y directamente vertida en estado pastoso en unos moldes que le dieron la forma deseada. No quedaba más que pulir la roca. Los colores de los reflejos tornasolados variaban según el ángulo en el cual la mirada enganchaba la luz que iba del rojo sombrío al azul pastel pasando por el anaranjado y toda la gama de los verdes.

El jefe de los Nueve, el fagor Frees K'hoo, jefe del Clan de la Uña Roja, había puesto el Palacio de los Nueve a disposición de Shunäi-Rokaï, el Capitán, comandante en jefe del ejército de la Resistencia Galáctica.